

MUJERES
QUE CUENTAN



Proyecto de:



Perteneciente a:



Realización:

Autor: Cristina Gómez Alonso

Ilustraciones: Azucena Fuentes

Maquetación y diseño: Ideah!

© Asociación DUAL Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni de sus ilustraciones, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CUENTO 18

—Mamá, debe resultar muy difícil ser mujer en países como Afganistán ¿verdad? —dijo Celia mientras miraba la televisión—. Acababan de contar, cómo los talibanes van reduciendo los derechos de las mujeres.

—A veces pienso qué haría yo si estuviese en una situación así —dijo mientras recogía la mesa—. Deben sentirse muy solas. Últimamente pienso mucho en esto, no sé por qué. Algo me dice que estoy vinculada con ello de alguna forma. Ayer, cuando estaba trabajando en la redacción, llegó una noticia de Marruecos sobre una asociación que han fundado 40 mujeres que se reúnen para cuidarse.





Su madre la miró y le dijo: –Tu tatarabuela nació en Marruecos. Recuerdo que cuando yo era pequeña mi abuela me leía cuentos y me decía que a ella se los contaba su abuela en la jaima en mitad del desierto. Decía que se reunían todas las mujeres de la aldea. Cuando lo rememoraba le brillaban los ojos de una manera especial. Sé que ella se vino a España con 15 años pero tampoco sé mucho más. Qué poco conocemos sobre nuestro pasado.

Celia soltó todo y se sentó al lado de su madre.

— ¡Mamá! Yo no sabía nada de todo eso. ¿Por qué no me lo has contado nunca? ¿Tú crees que si le pregunto a la bisa se acordará de algo? Tiene la memoria fatal ¿verdad?

— Tiene 97 años pero quién sabe —respondió su madre—. Recuerda mejor las cosas del pasado que las recientes y, para ella, creo que fue una vivencia muy especial. Pregúntale.

— Me voy a verla. —dijo Celia poniéndose de pie.

— ¡Hija! Son las cinco de la tarde. Tienes cinco horas de camino.

— Da igual mamá, duermo en casa de la tía hoy, paso mañana el día con ellas y mañana me vuelvo por la noche. Es perfecto. ¿Quieres venirte?

— ¿Ahora?

— ¡Claro! —dijo Celia—. Va a ser algo especial. Venga, vístete que nos vamos.

En media hora estaban las dos en el coche camino de Córdoba. Celia estaba entusiasmada y hablaba sin parar y a las once de la noche estaban aparcando el coche en el pequeño pueblo cordobés donde vivía la bisa.



Les recibió la tía de Celia con un abrazo. — ¡Qué sorpresa! — Dijo — . ¿A qué se debe esta visita tan repentina?

— Voy a conocer la historia de mis ancestros — dijo Celia con una sonrisa de oreja a oreja — . La bisa ya estará durmiendo ¿verdad?

— Si, se acuesta pronto y madruga mucho. Lleva unos días de muy buen humor.

A la mañana siguiente Celia estaba vestida a las siete de la mañana en el salón. Ojalá lo recuerde todo, se decía mientras veía amanecer por la ventana.

Al ratito apareció su bisa, del brazo de su tía. — ¡Mira quién ha venido a verte Fátima! Tu biznieta Celia.

La bisa se sentó en una butaca junto a la ventana. Celia cogió un cojín y se sentó en el suelo a sus pies. Fátima la miró sin saber muy bien quién era. Celia le agarró sus arrugadas manos y le dijo: — Bisa, vengo a que me cuentes cómo era cuando tu abuela te contaba cuentos en la jaima, en el desierto.

Entonces en el rostro cubierto de surcos de la anciana se dibujó una sonrisa y en el profundo negro de sus ojos apareció un destello. Después de unos minutos callada, con la mirada perdida dijo:



— ¡La jaima!, ¡la jaima! Nos juntábamos por la noche en la jaima. Solo las mujeres. En secreto. Solo las mujeres sabíamos lo que allí se decía. Olía a dulces de miel y almendras y a té de hierbabuena. Mi madre me lavaba antes de entrar. El agua purifica el cuerpo y el alma hija mía; se lleva la tristeza y el dolor, me decía. Dentro de la jaima no había dolor. El rostro de las mujeres se volvía sereno. Reían, se abrazaban, se peinaban unas a otras y se cuidaban.

Celia la miraba sin pestañear. Podía ver en sus ojos a las mujeres dentro de la jaima con sus túnicas de colores, sentir el calor y oler los dulces y la hierbabuena.

—Nos reuníamos a escuchar historias —siguió contando la anciana con la voz quebrada—. Las contaba mi abuela. Decía que eran cuentos que sanaban, cuentos que habían ido pasando de madres a hijas. Allí éramos todas iguales. Nadie era más importante. Ella era la más anciana de la aldea y era la que empezaba a contar pero después contaban otras mujeres.

Fátima se quedó callada. Sus ojos se humedecieron.
— Antes de empezar nos sentábamos en un gran



círculo. Niñas, jóvenes y ancianas nos cogíamos de las manos y cerrábamos los ojos. “Hay una historia dentro de vosotras, quién la busque la encontrará” ... —decía mi abuela— y empezaba a contar. Mi madre me explicaba que sus palabras aliviaban la miseria, la soledad y los miedos y que era la forma en la que las mujeres podían mantener su espacio, libre de prohibiciones. Un espacio seguro en el que mostrarse plenas.

Celia le apretó las manos y Fátima la miró a los ojos. ¡Cuánta sabiduría había en ellos! —¿Y después qué pasaba bisabisa? —Le preguntó Celia besándole sus rugosas manos.

—Mi abuela decía: “y me puse el calzado nuevo, y anduve de aquí para allá y se me rompió”. Y así terminaban los cuentos. Después cantábamos y danzábamos y nos despedíamos entre abrazos hasta la próxima luna.

La anciana se quedó callada —¿Hoy no comemos? —Dijo—. El brillo de sus ojos se había apagado. —¿Tú quién eres? — le preguntó a Celia— y ella sintió que la puerta que le conectaba al pasado se había cerrado.



El viaje de vuelta a casa fue distinto. Se sentía diferente, más unida a su madre, a su abuela, al resto de mujeres del mundo.

—Cómo me habría gustado estar allí —dijo su madre.

—Mamá, hoy hemos estado allí de alguna forma.

—Sonrió Celia agarrando la mano de su madre mientras miraba hacia adelante para no perder de vista la carretera.

FIN

